

El problema del pensamiento latinoamericano. La literatura como un modo de “decir” en nuestro continente

Fabián Mosello

Los antecedentes de un pensamiento latinoamericano y su íntima relación con las prácticas literarias, se pueden rastrear en una multitud de textos que se distinguen según su momento de enunciación y formatos constructivos. Distintos autores de nuestro continente, en su intento de sistematizar o por lo menos de plantear las coordenadas de una discusión filosófica que se diferencie de los modelos europeocéntricos, sin negar radicalmente los aportes del viejo mundo, pero tratando de construir una “tangente gnoseológica”, fueron generando textos oscilantes entre las estrategias que impone la coherencia del ensayo (de gran profusión en Latinoamérica) y la plasmación inventiva-creadora de mundos ficcionales (novela, cuento, etc.) con profundo cuestionamiento de las condiciones histórico-culturales del contexto de enunciación y referencial.

En este sentido ya J. B. Alberdi, en sus ensayos y proclamas, manifiesta la necesidad de delinear el objeto “filosofía” para nuestro continente como modo de autoafirmación de un pensamiento práctico y acorde a las circunstancias independentistas: “... así, la discusión de nuestros estudios será, más que en el sentido de la filosofía especulativa, de la filosofía en sí; en el de la filosofía de aplicación, de la filosofía positiva y real, de la filosofía aplicada a los intereses sociales, políticos, religiosos y morales de estos países...” (Alberdi 1842, p. 148).

Por otro lado y fortaleciendo estas búsquedas de independencia del pensamiento como una cuestión central del latinoamericanismo filosófico y de la capacidad creadora del sujeto vernáculo, el chileno Andrés Bello proponía la necesidad de instaurar un sujeto de pensamiento independiente de reflexión diciendo que “...lo esencial es que el americano - reflexionase o no sobre lo americano- se comportara con tanta independencia respecto al europeo (...) como se comporta éste en el ejercicio de su actividad intelectual propia...” (Ardao 1987, p. 83).

La vinculación entre filosofía y literatura se hace entonces más contundente en este poeta clásico que “...desde el movimiento de las ideas así engendrado, puso el acento en lo literario. Era habitual, empero, que el concepto de literatura se manejara en su más alto alcance, comprensivo de la filosofía y hasta de las mismas ciencias...” (Ardao 1987, p. 80). Así, su *Filosofía del Entendimiento*, de 1841, “...es sin duda la obra más importante que en su género posee la literatura americana...” (Menéndez y Pelayo 1893).

Pero si de contundencias se trata en cuanto al diálogo posible y por demás existente entre literatura latinoamericana y pensamiento filosófico, es necesario no olvidarse de José Gaos. Este autor, en su artículo “Significación filosófica del pensamiento hispanoamericano”, parte inicialmente definiendo las características del sujeto americano y su modo particular de hacer filosofía. Con fuertes tendencias hacia la oralidad, “el gran Conversador” de estas tierras, habla y escribe más que por motivaciones académico-sistémicas, por razones de practicidad moral, ética, estética y pedagógica (Gaos 1943, pp. 1-2).

Nuestros pensadores, por lo tanto, han seducido por la palabra poética, que conlleva pautas de conductas (lo moral) y que por ser poesía, es entonces estética y didáctica. Echeverría, Sarmiento, Rodó, Martí, son pensadores motores de la emancipación y también hombres de letras.

Para Gaos, entonces, el pensamiento latinoamericano existe, es propio y de excelencia. Para demostrar esta afirmación considerará **primero** la dialéctica de los tiempos históricos y los pasajes “pendulares” de momentos metafísicos a otros inmanentes, con una creciente tendencia, en lo que va de los siglos XIX y XX, hacia éstos últimos. Por lo que nuestro pensamiento antimetafísico estaría legitimado por la misma historia. En **segundo** lugar, dice, la validación de lo filosófico estuvo siempre originada por los mismos centros hegemónicos de poder de generación de conocimiento: el mundo europeo. Por lo que esta determinación es histórica, y no constituye un criterio universal. Decir qué es filosófico y qué es no-filosófico ha sido una tarea de rotulaciones logocéntricas.

En este marco el hombre americano debe hacer de su pasado una construcción propia sobre lo valioso y no solamente sobre lo canonizado. Por **último**, Gaos argumenta a partir de la tendencia de ciertos escritores y pensadores europeos de fines del s. XVIII (románticos, entre otros) que pusieron en duda la validez de las “grandes obras” del racionalismo, considerándolas elaboraciones de pura imaginación, posición que vindica otra constelación de pensadores -Nietzsche, Unamuno, etc.- tan cercanos a nuestros ensayistas vernáculos en sus modo de ligar los procedimientos del pensar con la generación de literatura; piénsese solamente en *Así Habló Zarathustra*.

El pensamiento latinoamericano debe entonces su originalidad a un doble condicionamiento: es original por estar **atento a las circunstancias** que condicionan su presencia, pero además por estar trabajando **con esas circunstancias**. Pensamiento práctico, pedagógico, ético y estético, original y político, que nos pertenece y representa. Como dice Arturo Roig “...nuestra filosofía, a diferencia del búho del ocaso hegeliano, es un saber matinal de naturaleza prospectiva, que siempre está recomenzando para la utopía del porvenir en América...” (Roig 1993, p. 50).

Dentro de esta tradición de no exclusión, sino de implicación sustancial de la literatura como medio y también objeto de pensamiento filosófico, nos es dable pensar ahora si ha continuado en la contemporaneidad explorando sus motivaciones iniciales o si bien ha cambiado hacia nuevos horizontes.

La presencia de escritores medulares y vertebradores de toda una estética latinoamericana (un ejemplo es el *Boom de los 60'*) que conlleva casi siempre un sentido ruptor y revolucionario de las estéticas canónicas, además de una percepción de lo continental como génesis de originalidades, nos lleva a desestimar y hasta refutar las afirmaciones de los detractores. En oposición a lo expuesto por Salazar Bondy, “...no tenemos filosofía propia, sólo ha sido una acumulación de teorías foráneas...” (1986), lo que hace suponer la ausencia de un pensamiento crítico, originado por una receptividad universal propia de un sujeto que transfiere teorías y no genera las propias pues es un **sujeto alienado**, se levantan nuestros ensayistas y novelistas, dramaturgos y poetas.

¿Quién puede negar el valor filosófico de textos de autores argentinos como Ernesto Sábato, Jorge Luis Borges o Julio Cortázar? ¿Quién puede negar la presencia del mismo pensamiento en poetas formidables como lo son César Vallejos, Pablo Neruda u Olga Orozco? Todos han concretizado y canalizado en heteróclitos modos de discursos estéticos nuestros pensamientos que trasuntan las obsesiones y felicidades de un sujeto que se está pensando a sí mismo en su ubicuidad cultural y existencial.

Las huellas de un pensamiento latinoamericano emergente, entonces, están dispersas en el caleidoscopio de fuentes textuales y prácticas discursivas que, ancladas en geoculturas que imprimen sus condiciones enunciativas y temáticas, suponen las incisiones de un sujeto

antropofágico que manifiesta “... la devoración crítica del legado cultural universal, elaborado no a partir de la perspectiva sumisa y reconciliadora del buen salvaje ... sino según el punto de vista irrespetuoso del ‘mal salvaje’, devorador de blancos, antropófago. Ella (la antropofagia) no supone una sumisión...sino una transculturación...” (del Campo 1986).

El escritor, “Calibán” o “Ariel”¹ (Retamar 1974) va a “deglutir”, a su manera, los modelos imperantes logocéntricos, pero siempre, y ésta es la afirmación, como modo de modelizar mundos existenciales posibles, para la aventura de entender el “barroquismo” esencial de nuestra cultura.

La literatura ha sido y es, por lo tanto, un “buen” pretexto y herramienta del “decir” en Latinoamérica, ya como modo de vehicular el **pensamiento humanista**, anclado en las coordenadas del ecumenismo democrático que tiene a Marcos Aguinis (1989, 1992) como un representante clave en la contemporaneidad; o desde las **búsquedas de vanguardia** que implican la experimentación formal y significativa, como es el caso del mexicano José E. Pacheco (1969, 1972), para detonar en la agónica respuesta del **sujeto del exilio**, que por el lenguaje plasma los procesos y las fracturas histórico-políticas de nuestro continente, como es el caso de los paraguayos Augusto Roa Bastos (1960, 1974) y Lincoln Silva (1975), o el argentino y cordobés Antonio Marimón (1988), entre una infinidad de representantes.

Al decir de José Gaos, nuestro pensamiento filosófico, transmutado muchas veces en literatura, adquiere las posibilidades -a través de sus ficciones que suponen creación y recreación de mundos- de plasmación y difusión de las claves que llevarán a la configuración de nuestra “profunda latinoamericanidad” (Kusch 1976).

Referencias Bibliográficas

Aguinis, M. (1989) *Un país de novela* (Barcelona: Planeta).

Aguinis, M (1992) *La gesta del marrano* (Barcelona: Planeta).

Alberdi, J. B. (1842) “Ideas para un curso de filosofía contemporánea”, *Ideas en torno de Latinoamérica* (México: UNAM. 1986. vol. 2).

Ardao, A. (1987) “El latinoamericanismo filosófico, de ayer a hoy”, *La inteligencia latinoamericana* (Montevideo: Ediciones Universidad de la República).

Bondy, S. (1986) “Sentido y problema del pensamiento filosófico hispanoamericano”, *Ideas en torno de Latinoamérica* (México: UNAM. vol . 2).

Del Campo, H. (1985) “De la razón antropofágica. Diálogo y diferencia en la cultura brasileña”, *Vuelta, Brasil*.

¹ Asumir muestra condición supone para Retamar, soportándose en la historia literaria de la triada Prospero-Calibán- Ariel, o ser “... el rudo e incontestable dueño de la isla...” como Calibán, o la “criatura aérea, aunque hijo también de la isla “ figurativizada en Ariel. Estos son los modos que permiten la oposición a Prospero - el conquistador-. Calibán es el revolucionario, Ariel es el otro que busca los caminos del entendimiento pacífico . Ambos son sujetos de cambio y autoafirmación.

- Gaos, J. (1943) "Significación filosófica del pensamiento hispanoamericano". En *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (México: Universidad Autónoma).
- Kusch, R. (1976) *Geocultura del hombre americano* (Bs. As.: Ed. F.G. Cambeiro).
- Marimón, A. (1988) *El antiguo alimento de los héroes* (Bs. As.: Ed. Puntosur).
- Menéndez y Pelayo, M. (1951) "Andrés Bello", *España honra a don Andrés Bello* (Caracas).
- Pacheco, J. E. (1969) *Morirás Lejos* (México: Ed. Joaquín Mortiz).
- Pacheco, J. E. (1972) *El principio del placer* (México: Ed. Joaquín Mortiz).
- Retamar, R. (1974) *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América* (México: Ed. Diógenes).
- Roa Bastos, A. (1960) *Hijo de Hombre* (Bs. As.: Crisis).
- Roa Bastos, A. (1974) *Yo el supremo* (Barcelona: Ed. Plaza y Plaza/Janes).
- Roig, A. (1993) "Eugenio Espejo y los comienzos y recomienzos de un filosofar americano", *Rostro y filosofía de América latina* (Mendoza: EDIUNC).
- Silva, L. (1975) *General General* (Bs. As.: Crisis).